

El hombre de tweed: la isla

Mauricio Montiel Figueiras

[Thou] hast put thyself upon this island as a spy.
WILLIAM SHAKESPEARE

[1]

Primero, la vida en el interior del relámpago: un panal habitado por fosfenos que trabajan febrilmente para crear una luz espesa como almíbar.

En medio de la luz es posible discernir patrones, jerarquías: los contornos fulgurantes de un universo tridimensional, un mapa de mapas.

Después, la caída súbita en la oscuridad: un pozo de cientos de millones de kilómetros que tiene la textura untuosa de un cordón umbilical.

Entre las sombras que pasan volando igual que un viento hecho de obsidiana molida crece una certeza sonora: en algún punto acecha un oleaje.

El rumor de olas aumenta hasta reventar en un calidoscopio de espuma y salitre. El hombre de tweed sacude la cabeza y se obliga a despertar.

El aguijón del yodo en la boca hace que el hombre de tweed cobre conciencia de su desnudez lamida por una marea donde explota el mediodía.

Poco a poco, no obstante, un hormiguelo reclama el cuerpo del hombre de tweed. Su piel empieza a ganar la rugosidad de telas distintas.

La ropa empapada que se le adhiere como una rémora transporta al hombre de tweed a una tienda departamental hundida en el fondo del océano.

Alzándose parcialmente, el hombre de tweed mira a su alrededor. A unos metros yace un pulmón translúcido que respira al ritmo de las olas.

Basta un parpadeo para que el pulmón se revele como una medusa escupida por el mar. El hombre de tweed ve tentáculos que languidecen al sol.

La resequedad casi humana de la medusa, su anhelo orgánico por volver al agua que la desterró, transmiten un escalofrío al hombre de tweed.

Como si fueran tentáculos que pudieran ser absorbidos por el abismo, el hombre de tweed retrae las piernas y se aleja reptando de la orilla.

Jadeante, la ropa llena de arena, el hombre de tweed se detiene al sentir que está a salvo. La playa tiembla en el calor, un pez moribundo.

Dos certidumbres golpean al hombre de tweed a medida que recobra el aliento: se encuentra en una isla y es verano. Y entonces hay un rugido.

El hombre de tweed voltea para encarar el océano que al parecer lo acaba de expulsar. El cielo es de un color zafiro pulido hasta el dolor.

Aunque mojados, los cristales de las gafas permiten que el hombre de tweed advierta el altísimo muro de agua que se desprende del horizonte.

[2]

No es un muro sino una fortaleza líquida de donde resultará imposible huir. Eso se dice el hombre de tweed al estudiar el titán oceánico.

Todo el aire sopla en dirección al tsunami que se acerca. La atmósfera que rodea al hombre de tweed es succionada por un drenaje ciclópeo.

En la cresta de la ola hay una blancura que brilla como polvo de azogue. El hombre de tweed se pregunta si llegará a opacar la luz solar.

El cielo se empieza a enturbiar con la marcha implacable del tsunami, que engulle una parvada de gaviotas ante el azoro del hombre de tweed.

Un movimiento se gesta en las entrañas de la ola. El hombre de tweed cree percibir tiburones que luchan por abandonar su prisión uterina.

Pero no son tiburones, se corrige el hombre de tweed al aguzar la vista, ni peces de ninguna otra especie. La ola trae niños, niños muertos.

Sólo hay varones en el seno del tsunami. Como si una celosa madre acuática, medita el hombre de tweed, privilegiara la simiente masculina.

Los niños difuntos danzan en el vientre coloidal que los conserva. En sus extremidades el hombre de tweed detecta una vibración tentacular.

El rostro de todos los cadáveres, nota el hombre de tweed, evidencia el rictus del ahogado. La caligrafía tumefacta de la muerte por agua.

El hombre de tweed capta ojos abiertos a una sima insondable, miradas que esperan la tinta de un calamar en el vacío donde nada se escribe.

El mar se aparta de la playa, bebido con avidez por el tsunami. El hombre de tweed presiente una sed que lleva eones incubándose en la sombra.

La cresta de la ola comienza a deshilacharse como la orla de un vestido turquesa. La fortaleza se viene abajo, comprende el hombre de tweed.

El mundo parece interrumpir su actividad. Hasta los navajazos de la cánicula quedan en suspenso. El hombre de tweed aprieta los párpados.

Hay un estertor y luego se reinstala el fragor del oleaje. Cuando vuelve a enfocar el horizonte, el hombre de tweed contempla agua calma.

La visión ha dejado un sabor amargo en la boca del hombre de tweed, que escruta el océano convertido por el sol en una plancha de aluminio.



© Gianni Berengo Gardin

El verano es una mucosa transparente que cubre la isla. A través de las ondas de calor, el hombre de tweed ve una figura de pie en la playa.

[3]

Ahusada y pequeña, casi enana, la silueta hace que el hombre de tweed piense en un primer momento en un espejismo desgajado del tsunami.

Luego viene la idea de un ave gigantesca que arroja su sombra desde las alturas. Pero allá arriba, confirma el hombre de tweed, no hay nada.

De pronto la figura renuncia a su inmovilidad y va a la orilla del mar. El hombre de tweed logra distinguir los gestos frágiles de un niño.

A lo lejos, entre el brillo metálico del océano, hay un fulgor especialmente intenso. El hombre de tweed imagina un trasatlántico de vidrio.



© Gianni Berengo Gardin

El niño se detiene al alcanzar la arena humedecida por las olas. Su mirada, advierte el hombre de tweed, pertenece al destello en altamar.

La ropa es una segunda piel que escuece al secarse en la canícula. Tratando de ignorar esa irritación, el hombre de tweed se incorpora.

El vértigo legado por la visión del tsunami se refleja en los pasos torpes con que el hombre de tweed se aproxima al niño otra vez inmóvil.

Conforme acorta la distancia, el hombre de tweed registra rasgos del niño. Pelo corto, huesos livianos. Tez blanca y extrañamente hinchada.

El hombre de tweed entiende que está con uno de los muertos cargados por el tsunami poco antes de que el niño le brinde su rostro amoratado.

Por los ojos del niño desfila el erial azul de las soledades submarinas. En los jeans que lo cubren el hombre de tweed ve algas enredadas.

En el torso desnudo del niño hay un rosario de mordeduras diminutas. La gula de los peces, se dice el hombre de tweed, el hambre del abismo.

La boca del niño se abre como la madriguera de una anguila. Brotan palabras que llegan a oídos del hombre de tweed en forma de un gorgoteo.

Mientras escucha por primera vez el dialecto de los ahogados, el hombre de tweed visualiza el mar como una babel de lenguas entrecruzadas.

El niño calla, brusco. Una bocanada de agua sale de sus labios tumescentes. Con un dedo señala el océano para que el hombre de tweed voltee.

El hombre de tweed obedece. El destello en altamar ha ganado un contorno casi humano, femenino. Como si fuera una hembra hecha de espejos.

Confuso, inquieto, el hombre de tweed gira hacia el niño. Descubre que ya no está a su lado: ha echado a correr al otro extremo de la playa.

El hombre de tweed alza la cabeza. El niño se dirige a un grupo de edificios que refulgen como osamentas de ballenas blanqueadas por el sol.

[4]

“¡Oye, espera!”, grita el hombre de tweed, recibiendo el golpe de la adrenalina en el organismo mientras lanza un último vistazo al océano.

El destello en altamar se ha trizado en montículos donde el hombre de tweed observa excrecencias y escamas doradas. Algo digno de un dragón.

Los montículos se hunden y reemergen con sinuosidad de reptil. El leviatán del verano, se dice el hombre de tweed, el engendro de las olas.

Los músculos de las piernas quieren huir del estatismo que los aprisiona. El hombre de tweed los ayuda al iniciar la carrera tras el niño.

De cristal fundido parece estar fabricado el aire que invade los pulmones del hombre de tweed. Sus resuellos suenan como latigazos húmedos.

La arena acumulada en los zapatos dificulta el avance por la playa. El hombre de tweed semeja una estatua recién derribada de su pedestal.

El niño trepa a lo alto de una duna y se paraliza, una efigie de mármol. El hombre de tweed asume que lo está aguardando y acelera el paso.

Con la respiración vuelta un jadeo incesante, el hombre de tweed llega a la duna. Mientras la escala, el niño brinca ágilmente al otro lado.

En la cima de la duna el hombre de tweed se hinca y toma aliento. Ve que los edificios hacia donde corre el niño son hoteles abandonados.

Algo en la manera en que el salitre ha bruñido el deterioro de los hoteles transmite al hombre de tweed una curiosa impresión de luto solar.

Una necrópolis cuyas tumbas han sido desecradas por el tiempo. Esa es la postal que el hombre de tweed integra con los edificios vacíos.

Ni los nombres de los hoteles, ahora un exótico catálogo de tipografías rotas, despejan el ánimo fúnebre que se adueña del hombre de tweed.

Sepulcros de huéspedes innumerables, vestigios de una raza extinta de turistas. Con esas nociones en mente, el hombre de tweed se levanta.

El niño es devorado por el agujero de una puerta principal que recuerda una boca desdentada. El hombre de tweed reúne energías y lo sigue.

Aunque carcomido, el estuco blanco del hotel donde se esfumó el niño constituye un caldero de luz rabiosa que encandila al hombre de tweed.

“Hotel Caribdis”. Con un leve titubeo, el hombre de tweed observa el letrero de la construcción para después entrar en su penumbra de fuego.

[5]

La atmósfera en el lobby del hotel podría desmoronarse en cualquier momento. El hombre de tweed saborea arena en la punta de la lengua.

La decrepitud que rodea al hombre de tweed se manifiesta lentamente en todo su esplendor. El huésped que la habita es el tiempo detenido.

Sirenas y monstruos marinos son los motivos principales de la decoración descascarada. Muecas mitológicas vigilan al hombre de tweed.

© Gianni Berengo Gardin



Sobre el mostrador de la recepción, bañado por una ceniza luminosa, yace el esqueleto de un pez que el hombre de tweed juzga legendario.

Los escasos muebles sobrevivientes han sido retapizados por las alimañas. El hombre de tweed capta la crepitación de ebanistas meticulosos.

El ruido de pasos descalzos atrae la atención del hombre de tweed hacia la escalera que se derrama en el lobby como una cabellera vetusta.

Aunque no ve al niño, el hombre de tweed se decide a seguir los pasos que suben. Las sirenas de la balastrada lucen exhaustas y macabras.

Durante el ascenso, el hombre de tweed cree oír gemidos y murmullos amorios. La memoria de los cuerpos conservada en el formol del olvido.

La escalera se abre a un piso reservado para el polvo. El hombre de tweed encara puertas donde cuelga el letrero de “Favor de no molestar”.

Pasos descalzos suenan al final del pasillo sumido en una tiniebla ámbar. El hombre de tweed ve que una figura desaparece en una habitación.

“Ya no corras. No voy a hacerte daño”. La voz del hombre de tweed es un rasguño que agita suavemente las telarañas tejidas en los rincones.

Con un suspiro, el hombre de tweed echa a andar por el pasillo. Insectos ciegos huyen para trazar en el polvo una escritura indescifrable.

A medida que avanza, el hombre de tweed discierne un patrón en las puertas de las habitaciones. Un misterioso código de supervivencia.

Las puertas sin el letrero de “Favor de no molestar” están marcadas con líneas de un rojo que el hombre de tweed asocia con ocasos viejos.

Algo en ese color marchito que a veces también salpica los dinteles remite al hombre de tweed a llamadas de auxilio, a ritos sacrificiales.

Sangre de cordero, piensa el hombre de tweed, el ángel exterminador. Un fuetazo de viento marítimo cimbra el hotel hasta sus cimientos.

[6]

Una lluvia de arena se desprende del cielo raso. En la mente del hombre de tweed se proyectan litorales contenidos en habitaciones vacías.

El golpe de aire deja pequeños espasmos que sacuden el esqueleto del hotel. Un tintineo de vidrios secretos llega hasta el hombre de tweed.

En el pasillo se produce un ajeteo sedoso, como de membranas. El hombre de tweed comprende que el silencio está reacomodando sus estratos.

Junto a una puerta marcada hay otra con el letrero de “Favor de no molestar”. El hombre de tweed se detiene brevemente para examinarlas.

Imposible saber si la línea en la puerta marcada es de sangre o pintura seca. El polvillo en los dedos del hombre de tweed huele a vejez.

Bajo la tipografía de “Favor de no molestar” se ve una sirena con el índice en los labios. La quietud oceánica, medita el hombre de tweed.

La orden de la sirena es desobedecida por la figura deforme que se asoma al final del pasillo con un murmullo dirigido al hombre de tweed.

El niño ya no está solo. Con esta idea ciñéndole la frente como una garra, el hombre de tweed obliga a sus pies a moverse con mayor rapidez.

Al llegar al cuarto en el que entraron el niño y la figura, el hombre de tweed abre la puerta. El *déjà vu* lo arroja igual que una crisálida.

Un televisor ocupado por la estática, una cama revuelta donde yace una mujer desnuda. Los recuerdos se reconstituyen en el hombre de tweed.

Al fondo de la habitación, una puerta ventana entornada cede el paso a una brisa que endurece la humedad en las prendas del hombre de tweed.

Un balcón que mira a un oleaje sucio, una tempestad que se avecina. Eso aguarda al hombre de tweed tras las cortinas de la puerta ventana.

“Tú no eres de aquí. Vete”. La voz de la mujer desnuda es un dardo veloz y ponzoñoso que alcanza al hombre de tweed en el centro del pecho.

La estática del televisor incrementa su zumbido. El hombre de tweed cierra los ojos e imagina un planeta transformado en avispero eléctrico.

Cesa de zumbar el aire. Al cabo de varios parpadeos el hombre de tweed debe asumir que la habitación lleva varios años desierta, olvidada.

Una revisión minuciosa confirma la sospecha del hombre de tweed: no hay rastro del niño ni de la figura deforme. El deterioro está intacto.

Para ventilar la memoria, el hombre de tweed sale al balcón del cuarto. El mediodía estival lo deslumbra con su absoluta carencia de nubes.

Un objeto duro y metálico se apoya repentinamente en la nuca del hombre de tweed. Lo acompañan tres palabras glaciales: “No te muevas”. **U**